

# Crónicas puertorriqueñas de la Guerra Civil española. Retales de una memoria dispersa

*Puerto Rican Chronicles on the Spanish Civil War.  
Remains of a Scattered Memory*

**Aníbal Salazar Anglada**

Universidad Ramón Llull

ORCID: 0000-0002-3758-6549

**Date of reception:** 29/08/2022. **Date of acceptance:** 08/01/2024.

**Citation:** Salazar Anglada, Aníbal. “Crónicas puertorriqueñas de la Guerra Civil española. Retales de una memoria dispersa”. *Revista Letral*, n.º 33, 2024, pp. 174-201. ISSN 1989-3302.

**DOI:** <https://doi.org/10.30827/rl.voi33.26041>

**Funding data:** The publication of this article has not received any public or private finance.

**License:** This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

## RESUMEN

Las noticias sobre la Guerra Civil española tuvieron un enorme impacto en la sociedad latinoamericana y caribeña, generando de inmediato una serie de disputas político-culturales que marcarían el debate público en todo el ámbito hispánico. En el caso de Puerto Rico, no existe hasta la fecha un trabajo integral dedicado a las crónicas que unos cuantos puertorriqueños, testigos de la guerra peninsular, enviaron de forma ocasional a determinados medios de la isla o publicaron en forma de libro una vez que regresaron. Tales crónicas, escritas por voluntarios brigadistas, estudiantes, médicos, políticos, editores y artistas, se hallan esparcidas en las hemerotecas y en libros descatalogados de no fácil acceso. Recomponer esta memoria dispersa, examinarla y tipificarla resulta esencial si se tiene en cuenta que, a diferencia de otros países latinos, la prensa puertorriqueña no envió corresponsales de guerra a la península.

**Palabras clave:** Puerto Rico; Guerra Civil española; prensa puertorriqueña; corresponsales de guerra.

## ABSTRACT

The news about the Spanish Civil War had an enormous impact on Latin American and Caribbean society. This led to political and cultural disputes that would mark the public debate throughout the Hispanic world. In the Puerto Rican case, there is no exhaustive study of the chronicles on the Spanish Civil War written by Puerto Ricans. The authors, witnesses of the Peninsular War, occasionally sent their work to some newspapers on the island or published it in book form once they returned. These chronicles were written by brigade volunteers, students, doctors, politicians, editors, and artists. Nowadays, these documents are scattered in newspaper archives and in out-of-print books that are not easily accessible. It is essential to reconstruct, examine, and typify this scattered memory because, unlike other Latin American countries, the Puerto Rican press did not send war correspondents to Spain.

**Keywords:** Puerto Rico; Spanish Civil War; Puerto Rican press; war correspondents.



Es sabido que la guerra española del 36 preparó el tablero internacional en el que habrían de enfrentarse las grandes potencias euroasiáticas a partir de la invasión de Polonia por parte de la Alemania de Hitler el primero de septiembre de 1939, pocos meses después de que Franco entrara victorioso en Madrid. Pero el impacto de la guerra peninsular no solo alcanzó a los principales actantes de la Segunda Guerra Mundial; también, por razones históricas y culturales, hizo mella en Latinoamérica y el Caribe, donde en el curso de la guerra en España se produjeron acalorados debates en el seno de la sociedad, especialmente en las clases política e intelectual, posicionadas unas facciones del lado de la rebelión militar y otras del lado del Gobierno de la República. No es exagerado afirmar que la Guerra Civil española redefinió el espacio de discusión en todo el ámbito hispánico, transformó el sentimiento hacia la otrora “Madre Patria” por parte de las antiguas colonias de ultramar y, por efecto de la diáspora de los perdedores, reformuló los lazos culturales transatlánticos.

La isla de Puerto Rico representa un caso singular, sobre todo por razones de orden histórico, al tratarse de una de las últimas colonias americanas que perdió España, en 1898. En la década de 1930, pervivía en la isla una importante colonia española que, pese al nuevo estatus jurídico-administrativo del territorio insular, entonces perteneciente a los EE.UU., seguía siendo dueña de los principales negocios y ocupaba la primera línea de representación del espacio público<sup>1</sup>. Entidades como la Cámara Oficial Española de Comercio, el Casino Español, la Sociedad Española de Auxilio Mutuo y Beneficencia y, sobre todo, la Casa de España, todas ellas fundadas entre el último tercio del siglo XIX y los primeros lustros del XX y radicadas en la capital, San Juan, regían la vida económica, política, social y cultural de la isla, a lo que habría que sumar las casas regionales representativas de las

---

<sup>1</sup> Lo que se produjo como consecuencia de la guerra hispano-norteamericana de 1898 fue, dicho burdamente, un traspaso de manos, un cambio de dueño. La Ley Foraker de 1900, en primera instancia, y su enmienda, la Ley Jones de 1917, establecían un difícil encaje del estatus territorial de Puerto Rico en la Unión de estados norteamericanos, que no consiguió solventar la Ley Orgánica actual sancionada en 1952, en la que se establece que Puerto Rico es un “Estado Libre Asociado” a los EE. UU. (Delgado Cintrón 223-322). En la práctica, y más allá de los juegos verbales con que quiso disfrazarse el asunto, desde el Tratado de París, ratificado en 1899, la isla caribeña quedó subyugada a un sistema neocolonial encubierto, que forzaba a sus habitantes, ya fueran nacidos en Puerto Rico, en España o en cualquier otro país, a adoptar la nacionalidad estadounidense.

distintas procedencias de la inmigración española: Galicia, Asturias, Canarias, Cataluña, Mallorca, etc. (Pérez Rivera 2002; Salazar Anglada 2022, 55-66).

Además de ser dueños o principales accionistas de importantes empresas navieras y de comercios de ultramarinos, conectados al negocio de la importación, los miembros de la colonia española de Puerto Rico eran propietarios de los diarios y semanarios más populares del territorio. Como es sabido, los periódicos impresos, que, junto con la radio, eran el medio masivo por excelencia en los años 30 del siglo pasado, cuando aún no había aparatos de televisión en las casas familiares, jugaron un papel esencial como vehículo de información de la sociedad de masas.

En un mundo polarizado, como era aquel de la década de 1930, con el fascismo y el comunismo en auge pujando por dominar y controlar el nuevo orden mundial que empezó a configurarse tras la guerra europea del 14 (Fontana 116), la prensa estaba sometida a los dictados de la ideología de los propietarios de diarios y revistas, quienes, como todo empresario, tenían sus propios intereses y una visión particular del mundo. Los hermanos Real (Romualdo, Cristóbal y Manuel), oriundos de Canarias, fundaron en 1919 el diario *El Mundo* de San Juan, el más leído en la primera mitad del siglo xx. Su revista dominical, *Puerto Rico Ilustrado*, que en 1936 dirigía uno de los miembros más destacados de la colonia española insular, el gaditano José Pérez Losada, había aparecido con anterioridad a *El Mundo*, en 1910. Ambas publicaciones llevaron a cabo un gigantesco despliegue informativo sobre la “revolución española”, como empieza denominándose la guerra en la prensa puertorriqueña. De manera que la composición que se hizo la sociedad antillana en su conjunto sobre el conflicto peninsular se vio afectada, de forma inexorable, por la línea ideológica del citado diario y su revista, claramente posicionados del lado de los militares sublevados. Como muchos otros españoles republicanos emigrados a Puerto Rico entre finales del siglo XIX e inicios del xx, Romualdo Real, quien ejerció una influencia notoria en el periódico que él mismo había cofundado, se mostró públicamente desencantado con la política de Manuel Azaña, lo que le llevó a escorarse a las filas derechistas<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> A falta de retratos biográficos completos, con alguna excepción, referidos a los cronistas improvisados que se mencionan y tratan en el presente trabajo,

Cuando el 17 de julio de 1936 se produce el golpe de Estado en Marruecos y en los días sucesivos tienen lugar los primeros levantamientos militares en la península, el editor no duda en defender la “causa nacional”, persuadido de la idea de que España estaba viviendo un proceso de “bolchevización” orquestado desde la izquierda radical (PSOE, UGT, CNT-FAI, Partido Comunista...), cuyo apoyo fue esencial para la victoria del Frente Popular en febrero-marzo de 1936 y el posterior sustento del Gobierno de Azaña.

Desde luego, había otros periódicos y semanarios en San Juan y en el resto de la isla (*El Imparcial*, *La Correspondencia*, *La Democracia*, *El País*, *El Día*), pero ninguno tan influyente en el ánimo colectivo como *El Mundo* y *Puerto Rico Ilustrado*. Este último, como su propio nombre indica, incluía un aparato gráfico, sin parangón en la prensa puertorriqueña, por lo que, además de tener noticia de los graves hechos que estaban sucediendo en España, los lectores tuvieron una idea precisa de la magnitud de la tragedia española a través de los cientos de imágenes fotográficas que se fueron publicando en el tiempo que duró la guerra. El director de *Puerto Rico Ilustrado*, el ya mencionado Pérez Losada, era una de las personalidades más destacadas de la Casa de España, centro de reunión de los empresarios españoles que dieron su apoyo a Franco, muchos de ellos miembros de la Falange Española de Puerto Rico o, cuando menos, afines a esta organización, implantada en la isla hacia 1935 y que tuvo su momento álgido entre 1937 y 1939 (Simón Arce 304-320).

El mayor problema que plantea el examen de la guerra española del 36 a través de la prensa puertorriqueña, y que afecta al objeto de la presente investigación, es que, a diferencia de lo que sucedió en países como Argentina, Chile o Cuba, los principales diarios y revistas de la isla no enviaron a España corresponsales para cubrir lo que allí estaba sucediendo. En el tiempo que

---

ha resultado muy útil el ya clásico e imprescindible *Diccionario de literatura puertorriqueña* de Josefina Álvarez de Rivera (2 vols., 1970 y 1974), cuyo radio excede en realidad el ámbito estrictamente literario. Sin embargo, algunos cronistas no eran personas públicas relevantes de la vida puertorriqueña en la década de 1930 ni aun después, por lo que, en tales casos, se ha acudido a la escasa información que puede rastrearse en los diarios y revistas locales de la época, referenciados en la bibliografía final como parte de las fuentes primarias consultadas. En el caso de los que viajan a España para enrolarse en la Brigadas Internacionales o en el Ejército de la República, ha resultado esencial el trabajo de Ortiz Carrión 2015.

abarca el conflicto bélico, la prensa insular se nutrió de las agencias noticieras *United Press* y *Associated Press*, y de los periódicos y revistas internacionales, principalmente de diarios franceses, ingleses y norteamericanos, y en menor medida latinoamericanos, a los que estaban suscritos o con los que mantenían acuerdos de canje. A estas fuentes de información deben sumarse, cómo no, los periódicos españoles: *La Voz* y *El Sol* de Madrid, *El Diluvio* de Barcelona o *ABC* de Sevilla, entre otros, que surtían de noticias e instantáneas fotográficas a los periódicos y revistas de Puerto Rico. Ello tuvo como consecuencia que, dada la polarización de la prensa española, minada de propaganda, y debido a la falta de corresponsales como testigos directos de la realidad, los diarios puertorriqueños deslizaran en sus páginas informaciones inexactas, cuando no totalmente falsas, lo que obligó a varios medios a desmentir algunos bulos informativos (Ferraó 49).

En las páginas que siguen, abordaremos, en la medida del espacio limitado del que disponemos, algunas de las crónicas más significativas sobre la guerra española escritas por puertorriqueños, dando cuenta de la identidad de sus autores, de las circunstancias de la redacción de sus escritos y del contenido de los mismos, que revela en cada caso una visión particular de la guerra de España sujeta a una ideología concreta. Analizados uno por uno los perfiles de estos cronistas, la característica que define a la mayoría es que son informadores ocasionales, ya que apenas ninguno se dedicaba profesionalmente al periodismo escrito o radiofónico. Tres significativas excepciones son las que cabe señalar: Romualdo Real, que se empeñó desde muy joven como periodista y editor; Antonio Pacheco Padró, quien igualmente trabajó en Puerto Rico en los medios periodísticos; y José Enamorado Cuesta, que, una vez abandonada su carrera militar, ejercería como periodista, editor e historiador. Sus crónicas de la guerra en España contienen dosis de buen periodismo, sentido del ritmo narrativo, suspense e intriga y, en ocasiones, cierto gracejo literario. Pero tampoco cabe desdeñar la calidad de las crónicas escritas por jóvenes estudiantes que cursaban su carrera en España cuando estalló la guerra, animados tal vez por sus lecturas juveniles del género de aventura, así como por las crónicas de radio y prensa. Eran, no en balde, estudiantes universitarios, y

algunos con inquietudes por los estudios literarios. La crónica periodística, adornada con la retórica a la moda y confundida en ocasiones con el registro literario, era un género en auge a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del XX. La crónica de sucesos, a veces seguida de la crónica judicial; la crónica parlamentaria, que recogía los avatares políticos; la crónica de espectáculos y eventos deportivos; y la crónica social, con sus estampas de la vida burguesa, ocupaban una parte importante de los diarios en todo el mundo, y así mismo sucedía en la prensa puertorriqueña. Modelos a imitar no faltaban en los diarios y revistas insulares, que contaban con plumas muy reputadas, como las de Salvador Brau, Cayetano Coll y Toste, Tomás Blanco, José Arnaldo Meyners, o la de los españoles afincados en Puerto Rico Manuel Álvarez Junco y José Pérez Losada, quienes escribieron con rigor, gracia y finura sobre los asuntos locales de su tiempo. En los medios periodísticos puertorriqueños, sin embargo, no existía una gran tradición moderna de la crónica de guerra. Lo más cercano en el imaginario colectivo era la guerra hispano-norteamericana de 1898, cuyos brevísimos episodios, por ejemplo, el del ataque a las fortalezas de San Juan por parte de la artillería naval estadounidense, fueron narrados de forma sensacionalista en la prensa española de la época publicada en Puerto Rico<sup>3</sup>.

Sin duda, la mirada sobre aquella España en llamas por parte de los cronistas puertorriqueños que aquí trataremos es una mirada ideologizada, partidista. Era difícil, en tal circunstancia, no tomar partido por uno de los bandos en liza, teniendo en cuenta que la tibieza se pagaba bien cara. Como ejemplo de esta polarización en el discurso, cabe analizar comparativamente el testimonio que los estudiantes Hipólito Aparicio y Jorge Luis Porrás publicaron en el diario *El Imparcial* y la revista antifascista *Verdades*, respectivamente. Cuando en España se produjo el alzamiento militar, Aparicio era uno de los escasos estudiantes boricuas que realizaba sus estudios en la península, concretamente en la Universidad de Santiago de Compostela, en la Facultad de Medicina. La mayor parte de aquellos jóvenes universitarios vio

---

<sup>3</sup> Además de las noticias y crónicas vertidas en la prensa española de la isla, existen algunas crónicas librescas, como la publicada en 1920 por el capitán de Artillería Ángel Rivero, quien defendió el castillo de San Cristóbal hasta la rendición del Ejército español colonial. Su relato de la guerra lleva por título *Crónica de la Guerra Hispano Americana en Puerto Rico* y cuenta con ediciones modernas.

interrumpidos sus estudios y trató de regresar a Puerto Rico lo antes posible; otros, en cambio, decidieron quedarse, por motivos diversos, para colaborar con los hospitales de campaña y los hospitales de sangre, en labores de retaguardia, e incluso para empuñar las armas. En el caso de Aparicio, no sabemos a ciencia cierta qué día regresó a la isla, pero su testimonio sobre la guerra española fue publicado en el diario *El Imparcial* de San Juan el 8 de octubre de 1936. Se trata de un relato fresco de la guerra, espontáneo, no elaborado, pero rico en información. Pese a los saltos narrativos, el estudiante puertorriqueño logra construir una cronología desde su detención en Bilbao por una patrulla de control comunista o anarco-sindical hasta su liberación por los mandos de sus propios captores. En el itinerario del joven universitario se mencionan ciudades como Santiago, Bilbao y Santander, puntos geográficos que formaron parte de su recorrido de huida de aquella España invivible. A nivel sociológico, resulta un testimonio interesante, sobre todo cuando, en un ejercicio de memoria, reproduce algunos diálogos que logra mantener con los revolucionarios del Partido Comunista o sindicalistas de la CNT-FAI o UGT: “...me detuvieron, por sospechoso unos milicianos, llevándome al ayuntamiento. ‘¡Anda, con el señorito, que es un banco ambulante!, ¿eh?’”, me dijeron. ‘Pues ahora vas a saber cómo tratamos los hombres leales a los ricos’. Dio un grito el miliciano. Vinieron tres más” (Aparicio 27). Sabemos bien las implicaciones que podían tener en esos días, en zona leal controlada por las milicias, los términos “señorito” y “rico” en el marco ideológico de las izquierdas. Merece igualmente reproducir esta breve secuencia dialógica:

—Pero es que yo soy puertorriqueño. Yo no tengo nada que ver con la Revolución. Yo vine a España a estudiar...

—Bueno, eso el señorito va a contárselo a los jefes. Nosotros cumplimos con arrestar a los sospechosos (27).

El relato de Aparicio revela la sinrazón que se vivió en mitad de la guerra, y constata lo que cuentan los estudios más serios sobre la Guerra Civil española: la arbitrariedad con que actuaron, al margen de la ley y de las directrices del Gobierno de la República, los grupúsculos comunistas y anarcosindicalistas, perfectamente organizados. Las llamadas “patrullas de control”

practicaron impunemente el pistoleroismo, siendo responsables de cientos de asesinatos de presos en las cárceles españolas acusados de falangistas, a quienes daban “el paseo”, y de otros muchos que andaban por la calle y eran detenidos ante la posibilidad de que fuesen “quintacolumnistas” infiltrados, o simplemente por su apariencia aburguesada, como es el caso del propio Aparicio: “... se había hecho común el ‘cacheo’: registro en plena vía de los sospechosos”, señala (27). El joven estudiante pudo ser una de estas víctimas, si no fuera porque los “jefes” de la patrulla que lo apresaron lo liberaron, pidiéndole excusas por el trato recibido. Cabe recordar, no obstante, que el vandalismo y la barbarie, organizada o fuera de control, se produjo por igual, incluso más ferozmente si cabe, en las zonas ocupadas por el Ejército sublevado, donde hubo asesinatos, fusilamientos, masacres indiscriminadas, violaciones de mujeres, por no hablar del expolio practicado impunemente. Al final de su relato, Aparicio se acuerda con nostalgia de los días pasados en Santiago de Compostela, una ciudad universitaria que ofrecía a la estudiantina diversión a raudales: las fiestas populares, los cafés y bares y “las bellas chicas de Compostela” (27).

Muy distinta resulta, en contraposición, la crónica de Jorge Luis Porras, quien era estudiante de posgrado en la Universidad Central de Madrid cuando se inició la guerra. Nacido en Ciales, localidad ubicada en la región central montañosa de la isla, Porras se trasladó a Río Piedras para inscribirse en la UPR. Estaba, desde muy joven, interesado por la literatura y por las humanidades en general. Luego de graduarse en la universidad local, decidió marchar a España para realizar en Madrid unos cursos de posgrado sobre crítica literaria. Se hallaba en la capital cuando se produjo el alzamiento militar y se desató el caos absoluto, al tiempo que se repelía a los militares rebeldes parapetados en el Cuartel de la Montaña y se organizaba la retaguardia. En la revista *Verdades* de San Juan de Puerto Rico apareció reproducido en febrero de 1937 un discurso bajo el título “Estudiante puertorriqueño ante el micrófono del Frente Popular”. Porras relata sus vivencias en aquellos primeros días en que la capital española se hizo insufrible, sitiada y asediada por las tropas rebeldes, y luego bombardeada sin piedad por la aviación ítalo-germana. El valor testimonial de la alocución es innegable, dado que es un testigo presencial de los hechos: “No me lo han

contado. No lo he leído. No lo oí por la radio. Acabo de verlo. *Su-  
blevación en España*”, comienza explicando el puertorriqueño. Muy probablemente, aunque este dato no está constatado, Porrás elocutó su arenga para la emisora WKAQ de San Juan, que retransmitía los viernes a las 21:30 un programa titulado *La hora de la República*, dirigido, obviamente, a los radioyentes locales partidarios del Gobierno español. En Puerto Rico, la guerra mediática por el relato de lo que estaba sucediendo en España no solo se dirimió a través de la prensa escrita. La radio, que en la isla contaba con unos medios escasos y un alcance limitado, jugó un papel interesante en relación con la transmisión de información relativa a la Guerra Civil española.

En su discurso, el joven estudiante muestra su apoyo sin fisuras al Gobierno de Azaña, quien a su entender representa la legitimidad:

En la entraña misma de la tragedia me he formado una convicción: el pueblo y el Gobierno legítimo que lo representa luchan con razón y derecho. A esa verdad me debo y respondo. Ya he rebasado la frontera del enjuiciamiento sereno, de las consideraciones imparciales, requisitos previos para lograr una opinión honrada. Imparcialidad ahora significaría complicidad. Y por eso me abrazo a la parcialidad de la justicia (Porrás 11).

En su alocución asoman algunos mitos que la propaganda de izquierdas hizo circular y que han llegado hasta nuestros días. Entre ellos, y uno de los más llamativos, está la identificación del término “pueblo” con la causa republicana. Es claro, no obstante, que cada bando se apropió de este término cargado de historia y simbolismo, ideologizándolo según sus intereses, escogiendo sus propios semas constitutivos. En el caso de la crónica que nos ocupa, ese “pueblo español” que combate contra el Ejército rebelde comandado por Franco estaría compuesto por dos grupos sociales que se alían: la clase obrera y la clase intelectual. Sabemos, por el contrario, que hubo trabajadores y gente de la academia y la cultura que se posicionaron del lado de los militares rebeldes. Finalmente, el vaticinio con que el estudiante puertorriqueño cierra su discurso, augurando que esa España ensangrentada y doliente se habría de levantar de su ruina para alzarse

como pueblo grande y genuino, no se vería cumplido, como es de todos conocido.

Una de las crónicas más destacadas sobre la Guerra Civil española escritas por un puertorriqueño, publicada en San Juan en 1939, es la que lleva por título *Mientras arde la hoguera (Apuntes de un corresponsal combatiente)*, cuyo autor es Rubén Gotay Montalvo. Como sucedió con otros tantos puertorriqueños, el joven Gotay Montalvo se hallaba en Madrid mucho antes de que se produjese la sublevación militar. Se había instalado en la capital española en 1934 para cursar ese año académico los estudios de Derecho en la Universidad Central. Así, pues, le tocó vivir los tiempos convulsos previos al estallido de la guerra, el llamado “bienio negro” o “radicalcedista”, en que las derechas recuperaron el Gobierno de la República y trataron de dismantelar las reformas llevadas a cabo por el gobierno republicano-socialista encabezado por Manuel Azaña. La tensión entre los radicales de izquierda y los miembros de extrema derecha pertenecientes a la Falange era creciente. Los altercados se sucedían y el uso de armas de fuego en plena calle hacía más patente la excepcionalidad en que se vivía. El propio Gotay Montalvo, como estudiante de Derecho, hubo de sufrir en la universidad el enseñoramiento de los muchachos de la Falange: “A medida que pasaban los días y los pistoleros redoblaban su actividad criminal, el señoritismo fascista universitario se insolentaba más cada vez” (Gotay Montalvo 15).

Tras el alzamiento militar, Gotay Montalvo, que sintonizaba con las ideas libertarias –no en vano, su padre fue uno de los fundadores de la Asociación Nacionalista, germen del Partido Nacionalista de Puerto Rico– y pertenecía a la Federación de Universitarios Hispano-Americanos (FUHA), acudió a la llamada de reclutamiento lanzada a la comunidad estudiantil madrileña para formar parte de las milicias populares, tras un breve y a todas luces insuficiente entrenamiento con un fusil Máuser (Ortiz Carrión 117). Dado su conocimiento de varios idiomas (inglés, alemán, italiano), la organización de estudiantes le propuso hacerse cargo de un programa de radio desde el que se hacía propaganda a favor de la República española y se lanzaban SOS a la comunidad internacional. Como “corresponsal combatiente” del Batallón del Talento, perteneciente al Comisariado de Guerra de la 11<sup>a</sup> División del Ejército Republicano, al mando de Líster,

Gotay Montalvo podía circular libremente por la capital, gracias a los salvoconductos que le expidieron la Junta Central de Madrid y las organizaciones sindicales que controlaban el tránsito de personas y vehículos. Ello permitió al puertorriqueño moverse con libertad por la ciudad asediada y presenciar algunos de los hechos de armas destacados en las primeras semanas de guerra, que dejó registrados por escrito. En el prólogo a *Mientras arde la hoguera*, a cargo de quien fuera cónsul de la República española en Puerto Rico desde mayo de 1938, Antonio de la Villa, se resalta la figura de Gotay Montalvo como un testigo de excepción capaz de contar la tragedia de España con habilidad para la narrativa:

Rubén Gotay, unas veces en la trinchera, otras, en el cuerpo de guardia, otras desde la emisora, las más corriendo de un lado para otro llevando órdenes delicadas y urgentes, ha tenido tiempo todavía para escribir un libro de la guerra.

Habla de la guerra como actuante y con el natural fervor de lo que defiende con tanto celo.

Y ante todo y sobre todo, su pluma se recrea en el relato de las hazañas de Madrid, porque es el pueblo que él ha saboreado más en aquellos años de estudiante y el pueblo que no solo va a decidir su suerte en España, sino también la suerte del mundo.

Todos los capítulos del libro de Gotay que hablan de Madrid, los ha vivido momento a momento. Y por eso la prosa es fácil, limpia, clara y envuelve la emoción que hace falta en estas narraciones (Gotay Montalvo 8).

Estas palabras liminares adelantan lo que en esencia el lector va a encontrar en estas crónicas: un apasionado relato de resistencia en clave heroica, simbolizado en la ciudad de Madrid, que tomará como lema el “No pasarán”: “Las calles se llenaron de rótulos, en los cuales se leían inscripciones como esa y como ‘Madrid será la tumba del fascismo’”, recuerda Gotay Montalvo a su regreso a Puerto Rico (Badillo 6). Por lo que respecta al asunto de la neutralidad informativa, en rigor no se le puede exigir al autor de estos *Apuntes* un ejercicio de profesionalidad, porque aquel muchacho idealista que de repente se vio envuelto en una guerra mayúscula no era un periodista formado en el oficio, sino alguien que, fortuitamente, estuvo en el momento y en el lugar

precisos y decidió dejar testimonio de lo que vio y experimentó. En su relato de los hechos, pues, se deja llevar por sus ideas políticas, que en buena medida le venían dadas por herencia familiar y que siguió alimentando en la España republicana.

El conjunto de crónicas que reúne el libro abarca dos años: desde los días inmediatos anteriores al inicio de la contienda, en que se producen de forma consecutiva los asesinatos del teniente José Castillo, perteneciente a la Guardia de Asalto del Ejército de la República, y del líder derechista del Bloque Nacional, José Calvo Sotelo, hasta julio de 1938, fecha en que Gotay Montalvo regresa a Puerto Rico. Desde el punto de vista geográfico, la crónica se mueve entre dos ejes, que se corresponden con las dos partes en que se divide el volumen: de un lado, los frentes de Madrid, el Centro y Extremadura, con especial atención a la capital española, símbolo de la resistencia; y de otro, el frente del Este, referido sobre todo a Aragón, adonde Gotay Montalvo es enviado como corresponsal (Salazar Anglada 2023, 130-136).

Más allá de la adrenalina que desprende el relato de los primeros días de guerra, protagonizados por el asalto al Cuartel de la Montaña, serán los bombardeos sobre Madrid los que propicien en la moral del joven puertorriqueño un mayor golpe, dada la impiedad de la aviación ítalo-germana: “La aviación facciosa no nos deja en paz ni un solo instante. En una de sus incursiones, ha dejado caer bombas incendiarias sobre la ciudad” (Gotay Montalvo 33). La crónica no se detiene en reflexiones trascendentes ni en juicios morales, el lector se ve arrastrado por la fuerza de los acontecimientos. Sin duda, debió de ser pavoroso lo que vivió Gotay Montalvo en las calles y plazas de la capital, algo nunca visto hasta entonces, si tenemos en cuenta que aquella operación urbanicida materializada inicialmente por la Legión Cóndor alemana y la aviación franquista constituye “el primer bombardeo moderno sobre una gran capital europea” (Bordes y Sobrón 18). El propio Gotay Montalvo puso en riesgo su vida cada noche cuando, un rato antes de las 21:00, había de transitar desde el palacio de la exduquesa de San Carlos hasta el Palacio de las Comunicaciones, conocido también como Palacio de Cibele, sito en la plaza de la célebre escultura:

Yo voy por la Gran Vía, camino de la emisora, pero no llego allá.  
En el cielo noto unas luces que, balanceándose, bajan, bajan;

después, una tremenda explosión. Tenemos ataque de la aviación enemiga. Los aparatos arrojan bengalas para localizar mejor sus objetivos. [...] Siento de pronto un silbido prolongado que se va acercando rápidamente. Alguien exclama: “¡Ahí viene!”. Ya sabemos de lo que se trata; es una bomba de gran potencia lanzada por los aparatos facciosos. Instintivamente, abrimos la boca y nos pegamos más a la pared. El enorme explosivo cae al lado de los almacenes SEPU, en una de las calles transversales a la Gran Vía, abriendo en el suelo un enorme agujero. Al mismo tiempo, se oye un estrépito de cristales que caen de las ventanas. Desde la Telefónica vemos la Puerta del Sol convertida en una inmensa hoguera (Gotay Montalvo 33).

Como pone de manifiesto la crónica, la guerra de resistencia en Madrid, donde la línea que separaba el frente de la retaguardia era apenas distinguible, irá mellando la entereza de los milicianos republicanos a golpe de bombardeos, de proyectiles de la artillería de largo alcance, de sirenas, de noches en blanco, de gritos y carreras por las calles, de edificios y monumentos derruidos, de vías enteras levantadas. Es el paisaje sobrecogedor de la ciudad asediada: “Donde quiera que vayamos en Madrid, veremos escombros, escombros, escombros... Ruinas de una ciudad, calles lavadas con la sangre de un Pueblo que no se resigna a ser esclavo, y que sufre y combate por lograr, por conservar el bien más preciado que conocieron los tiempos: la Libertad” (82). En esta última palabra, escrita significativamente por el joven Gotay Montalvo con inicial mayúscula, sin duda resuenan los ecos de su educación familiar en la lucha ideológica frente al invasor “yanqui”.

Si Gotay Montalvo, convertido en corresponsal por las circunstancias, se movía con libertad por el Madrid sitiado y por los frentes de retaguardia gracias a los salvoconductos que le expedían las autoridades republicanas competentes o los sindicatos, el senador puertorriqueño Alfonso Lastra Chárriez llegará a España con un permiso especial para visitar la zona “nacional”. Poco más de un año después de que diera comienzo la contienda española, *El Mundo* aprovechará el viaje a los frentes de guerra peninsulares de este conocido abogado, miembro del Senado de Puerto Rico por el Partido Liberal, con quien el diario estableció

un acuerdo de corresponsalía. El 15 de agosto de 1937 se anunciaba la partida del senador a España y su misión periodística:

El señor Lastra se propone trasladarse a España con objeto de estudiar sobre el terreno el grave conflicto bélico por que atraviesa en estos momentos el pueblo español. [...] El señor Lastra se propone comunicar a nuestros lectores sus impresiones de la realidad española en crónicas que nos enviará desde el propio teatro de los sucesos. Este diario se ha complacido en otorgar al estimado viajero su representación periodística como corresponsal de guerra en el frente español (“Partirá hacia el frente de guerra...”, 1).

Lastra Chárriez embarcó en los muelles de San Juan el 18 de agosto de ese año 37, rumbo a Nueva York, y desde allí tomó el barco *Queen Mary* hasta Cherburgo, en la costa noroeste de Francia; hizo parada en París y luego bajó hasta el sur, concretamente a Hendaya. Desde esta localidad, y por medio de salvoconductos proporcionados por Secundino Lozana, presidente del Socorro Español y Auxilio Mutuo, y Dionisio Trigo, el representante “oficial” de Franco en Puerto Rico y una de las personalidades más relevantes de la Casa de España de San Juan, el senador pasó a España por la frontera de Irún y se instaló en zona rebelde (Ferrao 37). La serie de crónicas que el político puertorriqueño va a ir enviando puntualmente a las redacciones de *El Mundo* y del semanario *Puerto Rico Ilustrado* será posteriormente recogida en el volumen *Los ojos de mi pluma en la guerra civil española* (1938). En el “Proemio” al libro, el senador deja bien clara su posición a favor de Franco, una posición que, afirma, no es apriorística, sino que se fue conformando a partir de la observación de la realidad de la guerra española. Sin duda, a su llegada a España, el puertorriqueño fue informado de los desmanes cometidos en la retaguardia en Madrid y Barcelona, especialmente virulentos en el verano de 1936, cuando diversos grupúsculos de extrema izquierda implantaron lo que la propaganda franquista denominó el “terror rojo”: saqueos de casas, incendio de iglesias y conventos, usurpación de propiedades, arrestos arbitrarios de personas sospechosas, ejecuciones sumarias, y, en fin, todo tipo de barbaridades sin control. Un tanto de lo mismo, cabe insistir, sucedió en los territorios ocupados por el Ejército sublevado, donde se hallaba a buen recaudo el político puertorriqueño. Por

eso sabemos que Lastra Chárriez no vivió los acontecimientos que narra referidos a la zona republicana, y en cualquier caso su relato es parcial, interesado, por más que, en efecto, y como demuestran los historiadores de la Guerra Civil española, especialmente en Barcelona y Madrid se viviera un caos generalizado que llegó a generar en la población una psicosis colectiva (Preston 307-333 y 355-408). Bajo el amparo del Departamento de Prensa y Propaganda del Ejército rebelde, el senador asistió a los frentes de León, Asturias, Ávila, Toledo, Madrid. Su paso por Toledo le haría rememorar, se diría que nostálgicamente, la toma del Alcázar por parte de las tropas rebeldes, al contemplar la ruina del monumento histórico: “El Alcázar se quebró totalmente ante la fuerza explosiva de la dinamita. Allí se han enterrado como diez siglos de la España monumental. No existen techos, salas, capiteles, columnas [...]. Solo se conservan los subterráneos húmedos, sumidos tierra abajo, profundos y húmedos” (Lastra Chárriez 175). Recuerda, asimismo, uno de los pasajes más conocidos y dramáticos de la guerra, relacionado con el asedio del Alcázar de Toledo por parte de la Guardia de Asalto y un batallón de milicianos: cuando el coronel Moscardó, a las órdenes de Franco, hubo de sacrificar por propia decisión a uno de sus hijos, de nombre Luis, retenido por el Ejército republicano, que este ofreció como canje al coronel a cambio de rendir el Alcázar, en aquel entonces una academia militar ocupada por la guarnición militar de cadetes declarada en rebeldía, a la que se habían sumado fuerzas de la Guardia Civil. El hijo, según relata Lastra Chárriez en su crónica de los hechos, le dijo al padre que cumpliera con su deber, y finalmente fue ajusticiado (176-177). “¡Pero, el Alcázar no se rinde!”, es la frase que da título a esta crónica, una de las piezas más logradas del volumen. Dicha frase se repite una y otra vez, anafóricamente, hasta el final del relato de los hechos. El cronista puertorriqueño ensalza así el valor de la resistencia ofrecida por el Ejército rebelde en el sitio del Alcázar, una estrategia discursiva encaminada a conmover, por vía del *pathos* retórico, a los lectores puertorriqueños y españoles de *El Mundo*, buscando con ello su simpatía por la gesta de Franco.

El volumen de crónicas de Lastra Chárriez salió de la imprenta Baldrich a comienzos del mes de noviembre del año 38 y fue reseñado de forma inmediata. En el n.º 12 de la revista

falangista *Avance*, de San Juan, correspondiente a diciembre de 1938, se publicó una reseña del libro:

Alfonso Lastra Chárriez, espíritu fino y bien cultivado, ha vivido en la España Nacional; ha palpado la situación de los frentes de guerra; y al contemplar de cerca el patriotismo inmenso y la unidad absoluta en el ideal de los que luchan por la libertad de España, ha sentido vibrar lo más hondo de su españolísima alma y consagra en las páginas de su interesante obra toda su admiración por los nuevos conquistadores del Imperio Español (“Un libro español...”, 10).

Más adelante, leemos: “El libro del Lcdo. Lastra Chárriez está escrito con verdadera imparcialidad”. No es así, ni mucho menos, y la prueba más palpable es que esta nota fue publicada en la revista *Avance*, el órgano de Prensa y Propaganda de la Falange Española de San Juan de Puerto Rico, donde este movimiento expresaba su ideario y lanzaba las consignas a favor de la causa de Franco. De ahí la encomienda con que finaliza la reseña: “No podemos menos que felicitar al Lcdo. Lastra, por su nuevo libro, agradeciéndole profundamente su valiosa aportación a la Causa Nacional de España; y recomendamos su lectura a todos los Camaradas de Falange, y amigos nuestros”. En el proemio mismo al libro, el propio Lastra Chárriez muestra sin tapujos de qué lado están sus simpatías: “Lo que palpé en España, lo que he podido entresacar de la historia, me autorizan a desear de corazón el triunfo de las armas nacionalistas en la contienda española” (Lastra Chárriez 11).

Resulta pernicioso, por otra parte, la identificación que desliza el autor de la reseña entre intelectualidad y antiespañolismo. Una relación que se demuestra del todo falsa, pues precisamente quienes con mayor firmeza denunciaron en Puerto Rico el golpe de Estado de los generales rebeldes liderados por Franco y los crímenes cometidos en nombre de la “unidad nacional” fueron los académicos riopiedrenses del Departamento de Estudios Hispánicos, o afines a este, que a lo largo de su trayectoria intelectual, antes, durante y después de la guerra peninsular, contribuyeron a la difusión del hispanismo, con la aportación de trabajos académicos de primer nivel que siguen siendo hoy indispensables en cualquier bibliografía seria sobre temas de literatura y cultura españolas. Por tanto, no cabe sino pensar que el

“antiespañolismo” que se les atribuye a los intelectuales puertorriqueños, quienes no dudaron en ponerse del lado de la República española, obedecía a una estrategia propagandística orquestada por el servicio de Prensa y Propaganda del régimen de Burgos. Todo lo que significara cultura debía ser perseguido, arrasado, como demostraron en Madrid al bombardear la aviación sublevada la Biblioteca Nacional y el Museo del Prado.

La conclusión a la que llega Lastra Chárriez después de su examen es esta: el comunismo, que trae la opresión a los pueblos, es un mal que hay que erradicar para salvaguardar la unidad de la patria y las esencias de la tradición nacional. De ahí su apoyo, sin fisuras, a la campaña bélica dirigida por Franco, que fue publicitada por el aparato propagandístico de la cúpula del Ejército rebelde como una “Cruzada” espiritual contra los agentes extranjeros –ateos, por supuesto– que querían romper España y “bolchevizarla”: “La república española, anarquizada, se había colocado fuera de la ley. He ahí el conflicto; he ahí la causa de la revolución”, denuncia el senador (109).

Esta misma posición es la que adopta el editor Romualdo Real en sus crónicas reunidas en *Llamas y glorias de la España eterna* (1938). El antiguo propietario del *El Mundo* y uno de los dueños de la editorial Hnos. Real apenas puede disimular su entusiasmo por la revuelta militar, a la par que muestra su animadversión por el Gobierno de la República. Su profundo rechazo de aquello en lo que, a su entender, ha derivado la República española por efecto de los agentes soviéticos se advierte desde los títulos mismos de sus crónicas: “Barcelona en manos de Moscú”, “Opio moscovita”. En su opinión, lo sucedido no puede calificarse como “un alzamiento injusto contra un Estado legalmente constituido”, sino que más bien cabría hablar de “una rebelión de la España genuina y sensible en defensa de su propio espíritu” (Real 17). La legitimidad del Gobierno republicano, según entiende, quedó desacreditada desde el momento en que los asuntos de política interna empezaron a dirimirse desde Moscú y quienes manejaban el Gobierno no eran sino grupúsculos de socialistas, comunistas y anarquistas armados que se habían adueñado de las calles, los mismos que, al cabo, auparon al Frente Popular en el poder y ahora reclamaban una serie de contrapartidas. Así las cosas, el editor ve necesaria y oportuna la intervención militar

emprendida por los generales sublevados, que contaban con el apoyo de sectores estratégicos de la sociedad española enfrentados a las fuerzas izquierdistas: "... para impedir a toda costa la realización de sus malvados fines, se ha levantado ardorosamente una parte de España, la que vela por sus glorias, la que se siente orgullosa de su civilización y su historia" (20). Este fue, en su día, en medio de la guerra, uno de los argumentos más poderosos que usó la propaganda del bando rebelde para justificar el golpe militar y luego la contienda: la unidad y la esencia de España estaban siendo puestas en peligro por grupos de la izquierda radical financiados desde Rusia que querían iniciar de una vez por todas la tan anhelada "revolución social". Sin duda, la visión que traslada Real del problema de España se vio influida por el hecho de que, cuando se produjo el levantamiento militar, él se hallaba en la ciudad de Barcelona, donde se conformó, tras varias jornadas de caos, uno de los puntos fuertes de la retaguardia. En la crónica titulada "Lloran, en silencio, las campanas", publicada originariamente en *El Mundo* el 9 de septiembre del 36, el editor esboza un retrato casi apocalíptico de la Ciudad Condal, en la que, en efecto, numerosos recintos religiosos fueron asediados, expoliados e incendiados, como sucedió con Santa María del Mar, Santa Ana, San Agustín, la Concepción, la iglesia de la Bonanova y tantas otras que sufrieron la ira de los más radicalizados izquierdistas, conocidos por su anticlericalismo: "El espectáculo que hoy ofrece Barcelona no puede fácilmente describirse. La vandálica destrucción que se ha realizado por las turbas irresponsables, espoleadas por el satánico espíritu de Moscú, no tiene precedentes en la historia". Esta imagen de caos y destrucción de recintos sagrados, que el aparato propagandístico de Franco explotó en su beneficio a través del sensacionalismo, lleva a Romualdo Real a reforzar su posición ideológica del lado de la sublevación militar e inclinar hacia dicha posición la opinión pública en Puerto Rico, teniendo en cuenta que son los lectores insulares los destinatarios primeros de sus crónicas y que *El Mundo*, como hemos señalado ya, era en aquel entonces el diario más leído en toda la isla. Entre dichos lectores hay un importante sector católico, sobre todo en ciudades principales como San Juan y Ponce, que recibió horrorizado esas imágenes anticlericales reproducidas por *Puerto Rico Ilustrado*. Los jefes de la Iglesia católica puertorriqueña, con el obispo de la Diócesis de

San Juan a la cabeza, monseñor Edwin V. Byrne, se posicionaron abiertamente del lado de Franco e hicieron uso del púlpito para desplegar su propaganda (Salazar Anglada 2022, 98-99).

También la entonces joven estudiante de Bellas Artes Luisina Ordóñez, quien redactará unas páginas apresuradas sobre la guerra una vez logra salir de España, pondría el acento en la quema de iglesias por parte de los extremistas de izquierda. El nombre de Luisina Ordóñez, recientemente recuperado por la investigadora puertorriqueña Yamila Azize Vargas (2021), empezó a sonar en los círculos artísticos de San Juan en 1936 a raíz de algunos de sus trabajos, dados a conocer en las páginas del semanario *Puerto Rico Ilustrado*, que llamó la atención sobre sus estampas del Viejo San Juan. Pocos años antes, en 1933, el afamado pintor español Alejandro Sánchez Felipe (1888-1971) había instalado su taller artístico en San Juan. Por aquel entonces, la isla carecía de academias de arte que formaran a los futuros artistas. Tras una visita al taller del maestro español, aquella joven isleña llena de inquietudes decidió inscribirse para estudiar artes plásticas.

Tanto Luisina Ordóñez como Fran Cervoni, dos de los discípulos dilectos de Sánchez Felipe, obtuvieron del Gobierno puertorriqueño una beca para estudiar arte en España, en la Academia de San Fernando de Madrid (Azize Vargas 38). Ordóñez recibió oficialmente la notificación el 16 de agosto de 1934, y a finales de verano estaba ya instalada en Madrid para comenzar el curso académico. Tras finalizar su segundo año en la Academia, la guerra irrumpió en su vida, interrumpiendo para siempre sus estudios en España, ya que, después de vivir en la capital las primeras semanas de guerra, decidió marcharse del país y se dirigió a Roma, donde continuaría cursando sus estudios en la Academia de Bellas Artes. Poco después se trasladó a Suiza, y luego recaló en París, coincidiendo con la *Exposition internationale* de 1937. De la capital francesa partió para las Antillas, pero antes de retornar definitivamente a Puerto Rico decidió pasar un tiempo en Nueva York, donde expuso en mayo de 1938, en la Agent Gallery, una serie de pinturas que llevaba consigo desde su salida de España. Moviada por su pulsión artística, en medio del caos desatado en Madrid por causa de la guerra, Ordóñez no se resistió a tomar sus pinceles y realizó una breve serie de pinturas que recogen

escenas del horror que se estaba viviendo en España. La exposición en la Gran Manzana fue posible gracias al soporte que la artista puertorriqueña recibió de la National Association of Women Painters and Sculptors de Nueva York, según señala Azize Vargas (41). Esta serie de cuadros, que actualmente se hallan perdidos, son la primera muestra artística de un puertorriqueño y, con toda probabilidad, la única, sobre la Guerra Civil española. Pero, además, sabemos gracias a la tesis doctoral de Rivera Reyes (2006) que la artista escribió su propia versión sobre la guerra española, bajo el título “Apuntes sobre la trágica Guerra Civil española”, que arrancan de los dos meses previos al alzamiento militar<sup>4</sup>. La visión que muestra Ordóñez del conflicto peninsular, que vivió entre Alcalá de Henares y Madrid capital, es partidista y concuerda en lo sustancial con los testimonios de Lastra Chárriez y Real en lo que respecta a la deriva del país bajo el Gobierno republicano de Azaña: “... si el ejército no reacciona a tiempo, España hubiese sido una república soviética en 24 horas, porque esa era la intención de los dirigentes, que suponemos comprometidos al gobierno ruso” (Rivera Reyes 316). Por su educación católica, que reflejan sus pinturas y que determinan su posicionamiento ideológico respecto de la guerra, pero también por su amor al arte, la pintora puertorriqueña lamenta una y otra vez la quema de iglesias y, en consecuencia, del patrimonio artístico:

Mientras observaba la iglesia [Magistral de San Justo], recordaba el incidente del incendio de la iglesia de San Luis en la calle de la Montera en Madrid, y sentí un poco de desesperación por no encontrar un medio para evitar estos crímenes, pues era sabido que en cuanto la política anarquista hervía un poco, pagaban la patente las iglesias, conventos y todo lo relacionado con ellos, y por tanto una de las principales fuentes de riqueza artística de España (310).

No menos interesantes resultan las crónicas escritas por milicianos y brigadistas puertorriqueños que lucharon a favor de la República española, de las que mostraremos alguna pincelada testimonial. Sin duda, la crónica de guerra más significativa

---

<sup>4</sup> En el Apéndice C de la citada tesis de Rivera Reyes se incluye una parte inconclusa del diario de Luisina Ordóñez sobre la guerra española, en concreto las primeras once páginas (Rivera Reyes 309-319).

escrita por un combatiente insular es la que publica Antonio Pacheco Padró, pasada la guerra, con el título *Vengo del Jarama (Glorias y horrores de la guerra)* (1942). Antes de embarcarse en la lucha a favor de la República española, este puertorriqueño, nacido en 1913 en Ciales, se destacó como periodista por su compromiso con la libertad de las repúblicas latinoamericanas y caribeñas, que a su entender malvivían subyugadas por el imperialismo “yanqui”. Su militancia en las filas del comunismo le condujo muy pronto al activismo político, dentro y fuera de Puerto Rico. Al igual que otros brigadistas puertorriqueños que lucharon en la Guerra Civil española, Pacheco Padró había hecho campaña antes por la independencia de su isla natal. Viajó primero a México y luego a Cuba, donde la dictadura de Machado endurecía su persecución de la disidencia, y finalmente recaló en Nueva York. En esta última ciudad, en la que los movimientos sociales cobraron un enorme desarrollo en la década de 1930, Pacheco Padró estuvo en permanente contacto con las comunidades hispanas comprometidas con la lucha obrera internacional, y también, por tanto, con la causa de la República española (Salazar Anglada 2022, 109-115).

La participación del activista puertorriqueño en la guerra de España estuvo marcada por el infortunio, como veremos enseguida. En enero de 1937 embarcó en los muelles de Nueva York en el vapor *Berengaria*, rumbo a la ciudad portuaria de Cherburgo. Desde allí descendió al sur y cruzó la frontera gala con España por el paso de La Junquera, que era zona republicana. Pasó por Cataluña, luego se dirigió a Valencia y finalmente llegó a Albacete, donde contactaría con las Brigadas Internacionales. En el cuartel de dicha ciudad castellanomanchega, uno de los centros de instrucción de los brigadistas extranjeros, se incorporó a una unidad de soldados irlandeses pertenecientes al batallón Abraham Lincoln y recibió allí una mínima instrucción para familiarizarse con las armas y las tácticas de guerra. La primera acción armada en la que Pacheco Padró participó fue la batalla del Jarama, que dio comienzo el 6 de febrero de ese año 37, con tan mala fortuna que en la primera carga de infantería resultó herido de consideración (Ortiz Carrión 184). Tras un largo y penoso trayecto, que lo llevó de un puesto de socorro a otro, y después de ser atendido en el hospital de Murcia, al que eran enviados los

miembros de las Brigadas Internacionales que requerían atención médica, Pacheco Padró fue atendido en un hospital de sangre en Barcelona, donde convalecería varios meses. Una vez repuesto de sus heridas, se reincorporó al Ejército Popular de la República, esta vez como comisario político. Asimismo, se desempeñó como oficial de enlace en la 46<sup>a</sup> División, al frente de la cual estaba Valentín González, militar comunista conocido popularmente como “El Campesino”. En julio de 1937, intervino en la batalla de Brunete, concretamente en el cerco de Quijorna, en el que resultó herido Valentín González y quedaron diezmadas las fuerzas republicanas. Tras este episodio, que dejó con la moral baja al Ejército del Frente Popular de la República, y que supuso un varapalo para las Brigadas Internacionales, Pacheco Padró solicitó al Departamento de Estado de los EE. UU. su repatriación, que en principio le fue denegada, pues el Gobierno norteamericano consideraba ilegal toda participación de su ciudadanía en la guerra de España (215). Finalmente, la burocracia estadounidense accedió a facilitarle –aunque no a sufragarle– el viaje a Le Havre, desde donde embarcó en el vapor *Lafayette* hacia Nueva York. Allí daría continuidad a su tarea como activista en las organizaciones, a favor de la República española y de la independencia de Puerto Rico.

La experiencia de Pacheco Padró en la guerra de España quedaría plasmada en su citado libro *Vengo del Jarama (Glorias y horrores de la guerra)*, impreso en los Talleres Tipográficos Baldrich & Co. de San Juan. El autor era muy consciente de que la guerra española había sido el trágico prelude de un conflicto armado de dimensiones desconocidas en el que se veían involucradas varias naciones, y que, de hecho, estaba teniendo lugar cuando el brigadista puertorriqueño redactaba su crónica. En una “Nota del Autor”, que precede a los capítulos que componen la obra, puede leerse: “Aunque aparentemente el conflicto civil español está liquidado, ello no le resta a este manojito de crónicas su positiva actualidad, ya que el conflicto español fue solamente el prólogo de la presente guerra mundial” (Pacheco Padró, 7). Como si de un círculo que busca su cierre se tratase, el libro termina con una crítica a las grandes naciones liberales (Francia, Inglaterra), por no haber sabido estar a la altura de las circunstancias en la lucha española contra la punta de lanza del fascismo que se abría paso en Occidente.

*Vengo del Jarama* es una larga crónica con tintes autobiográficos que abarca desde el embarque del combatiente en los muelles de Nueva York hasta la salida de España. El título del libro se le reveló al autor estando convaleciente en Murcia, en una conversación con un miliciano herido en un brazo: “¿De qué frente vienes, camarada?”, le preguntó Pacheco Padró. Y aquel respondió: “Vengo del Jarama” (98). El periodista y miliciano puertorriqueño narra en sus crónicas cómo fue herido en la primera refriega en el Jarama, y luego el laberinto de hospitales, de Murcia a Barcelona, la vuelta a los frentes con la 46<sup>a</sup> División, comandada por “El Campesino” y, finalmente, el fracaso de la batalla en el frente de Brunete, que desencadenó la repatriación de las Brigadas Internacionales y el regreso de Pacheco Padró a Puerto Rico, previa estancia en París y Nueva York, como si desanduviera sus pasos por donde él mismo fue hasta España. Todo ello está relatado hasta el más mínimo detalle, por medio de una prosa vibrante que despliega una historia trufada de mil peripecias, donde hay escaramuzas militares, refriegas de metralla, miedo y ruido y un sinfín de anécdotas vividas en primera persona que dejan en vilo al lector hasta el final del libro.

Otro combatiente puertorriqueño que defendió la República española y envió unas cuantas crónicas de la guerra es José Enamorado Cuesta, quien desde muy joven luchó incansablemente en Puerto Rico a favor de los derechos civiles de las clases menos pudientes. Su defensa a ultranza de la independencia de Puerto Rico, que llevó a cabo tanto en la isla como en Nueva York, le generó problemas con las autoridades norteamericanas dentro y fuera de Puerto Rico. En noviembre de 1935, el puertorriqueño viajó a España, lleno de ideales y con hambre de mundo. En el muelle de San Juan sus amigos le desearon un feliz viaje: “¡Viva la República Española!”, le gritaron; a lo que Enamorado Cuesta les respondió desde el barco: “¡Viva Puerto Rico Libre!” (Colección José Enamorado Cuesta). Para algunos independentistas insulares, la República española que defendían con amor patrio representaba la ilusión de ver un día proclamada la República de Puerto Rico, por la fuerza de las armas si fuese necesario.

Una vez instalado en Madrid, Enamorado Cuesta asistió entusiasmado al triunfo en las urnas del Frente Popular. Al estallar la contienda, se alistó en la Federación Universitaria Escolar

(FUE) y entró a formar parte del batallón “Joven Guardia” de las milicias populares: “Fue miliciano en las primeras semanas de la guerra en la Sierra de Guadarrama, voluntario de acción social en organizaciones políticas y culturales en la retaguardia y cronista de la guerra en Madrid”, señala Ortiz Carrión (63). Desde el frente, Enamorado Cuesta enviaría sus crónicas de la guerra, que se publicaron íntegramente en el diario *El Mundo*. Las primeras corresponden a las ediciones del 25 y 27 de agosto de 1936, y narran su participación en los combates en la sierra de Guadarrama, donde recibió un impacto de metralla: “En una de las últimas batallas nuestro compatriota resultó herido en la barba por un casco de mortero, lo cual explica el vendaje que todavía se ve obligado a llevar” (“Enamorado Cuesta herido...”, 1). Las crónicas se circunscriben a las primeras semanas de guerra, y, probablemente porque Enamorado Cuesta había sido militar de carrera en el *Army USA*, su relato del frente no ofrece sino datos técnicos referidos a la estrategia militar. Su fino olfato apunta ya algunos de los problemas a los que habría de enfrentarse el Ejército de la República; el mayor de todos, la ayuda internacional que recibía Franco de Italia y Alemania. Es entonces cuando se le revela la magnitud del conflicto, que a todas luces excedía las fronteras nacionales (“Enamorado Cuesta nos envía sus impresiones...”, 4). La lucha de Enamorado Cuesta a favor de la República española no solo se libró en los frentes de guerra. Además, participó activamente en distintas asociaciones en defensa de la libertad del pueblo español, como, por ejemplo, la Alianza de Escritores para la Defensa de la Cultura, de la que formaban parte algunas figuras notables del ámbito literario, musical, artístico y científico internacional. Según consta en los documentos conservados en el Archivo General de Puerto Rico, el exmilitar puertorriqueño fue miembro del aparato de propaganda republicano, tal como se explicita en un certificado de la Comandancia Militar de la “Joven Guardia” (Colección José Enamorado Cuesta). Esta doble condición de soldado-cronista no fue inusual entre los combatientes extranjeros a favor de la República, adscritos muchos de ellos a las Brigadas Internacionales. Recuérdese que el joven estudiante Gotay Montalvo se autodefine en el subtítulo de sus crónicas como *corresponsal combatiente*.

\* \* \*

El tema de este trabajo no se agota, ni mucho menos, con esta breve pero significativa muestra presentada a lo largo de estas páginas. Todo lo contrario, pretende ser un punto de arranque para futuros estudios monográficos que, desde una perspectiva transatlántica y en el marco de la recuperación de la memoria histórica, deseen indagar en las memorias periféricas de la Guerra Civil española. Las crónicas y testimonios que han servido de base a nuestra investigación poseen, qué duda cabe, un alto valor documental, en varios sentidos: primeramente, como relatos históricos adyacentes que vendrían a sumarse al gran repertorio narrativo sobre la guerra española del 36. Asimismo, desde otra instancia, revelan los fuertes lazos históricos y culturales entre Puerto Rico y España por parte de los residentes insulares, tanto los que defendieron la rebelión militar como los que dieron su apoyo a la República. Pero, además, aportan una rica información sobre la relación de Puerto Rico con su nuevo estatus territorial. Al respecto, algunos cronistas milicianos que batieron sus armas a favor del Ejército de la República española identificaron la liberación de la España leal con la secesión de Puerto Rico. Lo que evidencia este conjunto de crónicas –las aquí tratadas y las restantes que, sumadas a aquellas, conforman el corpus al completo– es que el posicionamiento ideológico que los cronistas (profesionales o improvisados) muestran en sus escritos relativo a la guerra de España es apriorístico, está sujeto a la propia tradición familiar y a su currículum en el campo del activismo político en Puerto Rico. La experiencia bélica, y por más que algún cronista afirme lo contrario, en la mayor parte de los casos no parece modificar sus ideas preconcebidas, más bien las apuntala. Son estas algunas de las líneas de trabajo a las que invitan las crónicas puertorriqueñas sobre la Guerra Civil española, a la espera de trabajos particulares centrados en cada uno de dichos relatos. Por el momento, una tarea previa fundamental ha consistido en reunir un corpus que andaba diseminado en bibliotecas, archivos y repertorios a modo de memoria dispersa, y del que, por tanto, no se tenía noticia de su existencia ni de su magnitud, lo que podría conducir a conclusiones erróneas en el examen del impacto de la guerra peninsular en Puerto Rico.

### Periódicos y revistas consultados

*Alerta* (San Juan)  
*Avance* (San Juan)  
*Cara al Sol* (Ponce)  
*El Día* (Ponce)  
*El Mundo* (San Juan)  
*El País* (San Juan)  
*La Correspondencia* (San Juan)  
*La Democracia* (San Juan)  
*Puerto Rico Ilustrado* (San Juan)  
*Verdades* (San Juan)

### Bibliografía

“Aparicio, estudiante puertorriqueño que estuvo preso en Bilbao, cuenta su odisea”. *El Imparcial*, 8 de octubre de 1936, p. 27.

Azize Vargas, Yamila. “Luisina Ordóñez Sabater: cuando el arte manda”. *Pioneras y transgresoras. Mujeres en las artes en Puerto Rico*, Yamila Azize Vargas (ed.). San Juan, Liga Estudiantes de Arte de San Juan, pp. 37-53.

Badillo, Samuel E. “Regresó anteanoche el estudiante portorriqueño Rubén Gotay”. *El Mundo*, 12 de agosto de 1938, pp. 5-6 y 13.

Bordes, Enrique y Sobrón, Luis de. *Madrid bombardeado. Cartografía de la destrucción, 1936-1939*. Madrid, Cátedra, 2021.

Colección José Enamorado Cuesta. Archivo General de Puerto Rico / Colecciones Particulares. Doc 690-75; CP 23; Caja n.º 7.

Delgado Cintrón, Carmelo. *Imperialismo jurídico norteamericano en Puerto Rico (1898-2015)*. San Juan, Publicaciones Gaviota, 2015.

“Enamorado Cuesta herido en la Sierra de Guadarrama”. *El Mundo*, 25 de agosto de 1936, pp. 1 y 15.

“Enamorado Cuesta nos envía sus impresiones de la guerra española”. *El Mundo*, 31 de octubre de 1936, pp. 4 y 19.

“Estudiante puertorriqueño ante el micrófono del Frente Popular”. *Verdades*, n.º 5, febrero de 1937, pp. 11 y 12.

Ferrao, Luis A. *Puerto Rico en la Guerra Civil española. Prensa y testimonios, 1936-1939*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 2009.

Fontana, Josep. *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona, Crítica, 2017.

Gotay Montalvo, Rubén. *Mientras arde la hoguera. (Apuntes de un corresponsal combatiente)*. San Juan, Imprenta Puerto Rico Inc., 1939.

Lastra Chárriez, Alfonso. *Los ojos de mi pluma en la guerra civil española*. San Juan, Talleres de la Casa Baldrich, 1938.

Ortiz Carrión, José Alejandro. *Voluntarios de la libertad. Puertorriqueños en defensa de la República española, 1936-1939*. San Juan, Callejón, 2015.

Pacheco Padró, Antonio. *Vengo del Jarama (Glorias y horrores de la guerra)*. San Juan, Talleres Tipográficos Baldrich & Co., 1942.

“Partirá hacia el frente de guerra español el senador Lastra Chárriez”. *El Mundo*, 15 de agosto de 1937, p. 1.

Pérez Rivera, Jaime Moisés. *Asociacionismo, prensa y cultura entre los inmigrantes españoles de San Juan, 1871-1913*. Tesis doctoral, Programa Graduado de Historia, Universidad de Puerto Rico-Recinto Río Piedras, 2002.

Preston, Paul. *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona, Debolsillo, 2013.

Real, Romualdo. *Llamas y glorias de la España eterna*. San Juan, Real Hnos., 1938.

Rivera de Álvarez, Josefina. *Diccionario de literatura puertorriqueña*. 2 vols. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970 y 1974.

Rivera Reyes, Angélica M. *Luisina Ordóñez: la pasión olvidada*. Tesis doctoral. San Juan, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico / Instituto de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2006.

Salazar Anglada, Aníbal. *Puerto Rico y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid, Punto de Vista, 2022.

Salazar Anglada, Aníbal. “Un intrépido estudiante puertorriqueño en la Guerra Civil española. *Mientras arde la hoguera (Apuntes de un corresponsal combatiente)* de Rubén Gotay Montalvo”. *La mirada extranjera. La Guerra Civil en la literatura universal*, Javier Sánchez Zapatero (ed.). Granada, Comares, 2023, pp. 121-138.

Simón Arce, Rafael Ángel. “*Volverán banderas victoriosas...*”. *Historia de Falange en Puerto Rico. 1937-1941*. San Juan, Ediciones Gaviota, 2019.

“Un libro español escrito por un puertorriqueño”. *Avance*, año II, n.º 12, diciembre de 1938, p. 10.